

Obra reciente de
José María
Torres Nadal



Dicen que cuando uno está a punto de poseer con el pensamiento el mecanismo creador, el agujero lírico, sobreviene un vértigo destructor y suicida. En esa encrucijada, huir es apostar por lo vital otra vez.

Ni azar ni necesidad. Como si de una partida de dados se tratara, que más bien obliga a permanecer atento, a la escucha; a desear acercarse a esa nebulosa donde las cosas deciden por ser de un modo u otro; a espiar el chocar de cara contra cara y contra canto, de arista contra vértice y todos contra el forro del cubilete; a querer acercarnos con el pensamiento hasta casi conseguir situarse dentro de la vasija. Razón indiscreta que después de tanto golpe y magullamiento está a punto de renunciar a determinar cómo caerán los dados. Pasada la agitación queda sobre la mesa un guarismo inesperado. Una constelación inventada. Concatenando el hacer con el deshacer aparece otra, y otra, y otra más... hasta que se encuentra el modo de levantarse y salir del corro.

Prodigio (de pródigo) de volver para escaparse otra vez. Así, J. M. Torres.

El arquitecto, figura buscándose a sí misma, seducida, ayudada y revitalizada por todo, se ha mantenido siempre dispuesto a abolir reparos y objeciones a lo escabroso, a lo difícil, por puro terrorismo cultural, pero practicando una devoción que necesita prescindir de todo y quedarse en solitario una vez más. Sintiendo que el atender a la propia circunstancia no puede ser resultado de un destilado aritmético de los pasos de una pasión.

Y hacer arquitectura sospechando la certeza de que su interés no está en ser sólo expresión de programas, de historias, de sentimientos, de formas, de pronunciamientos o de acuerdos ingeniosos para resolver la papeleta del cliente. Ni prosa ni poesía.

Quizás el único habitante —el espectador más atento— de esta arquitectura sea alguien con una actitud, a la vez, como la de la liebre muerta que escucha lecciones de pintura y como su conferenciante (J. Beuys) que da explicaciones con el rostro embardunado de miel y polvo de oro. Ese recelo, ese mutismo y

trágica elocuencia se deposita en la obra en forma de cuidado-amor y tensión que mide el desacuerdo entre lo que el pensamiento ha acotado y la propia arquitectura. Figura del pensamiento que se revela y selecciona a veces entre diminutos garabatos que contienen ya todas las condiciones necesarias, todo el deseo, para dejar de ser un mero pensamiento y empezar a ser luz, materia y vacío.

Creo que la Caja de Ahorros de Murcia y el Colegio de Educación Especial todavía viven en la sorpresa de la frescura de la Guardería de Cieza que desarrollada volviendo una y otra vez al dibujo primero, indica una señal, fija un programa y mide un progreso, el arranque de una escapada. Escapada que pasa por el proyecto de tres viviendas en un campo de limoneros dejando preparado el terreno para que las miradas y reflejos, semejanzas, diferencias y distancias entre las tres casas atrapen la esencia y espacio vacíos de un proyecto hipertensado hasta el extremo de necesitar cortar cuatro milímetros de cada testa de los 15.000 ladrillos que llegan hasta la cinta de hormigón de los muros.

Construidas las viviendas, la tesis “Le Corbusier por mí mismo”, las memorias de los proyectos y el texto sobre R. Venturi se entremezclan vigilantes con los proyectos para el Centro de Toxicómanos, para el Palacio de Congresos de Salamanca, el Ayuntamiento de Murcia y para el Gobierno Civil de Tenerife. Había (eran concursos...) una figura visible entre la habitación del Centro de Toxicómanos, la fachada del Ayuntamiento y las terrazas-cobertizos de Tenerife.

El albergue de Calarreona y las viviendas de Cieza quizás la están construyendo.

Una cosa más: una disculpa por ser testigo tan próximo, invitado inesperado y aprendiz insensato que no renuncia a poder describir su próxima huida.

¿Hace otra partida?

Antonio Sanmartín
Arquitecto



Dos aulas de preescolar

1983-1984 Cieza (Murcia)

Arq. colaborador: Antonio Sanmartín

Arq. colaborador estructura: Juan M. Riba de Palau

Me pareció oportunidad preciosa, casi un privilegio, volver a trabajar junto a un Centro de Enseñanza que hice hace ocho años. Había en ello tanto de reflexión como de reto.

Se trataba de levantar dos nuevas aulas, en un trozo del recinto escolar, en un solar pequeño y rectangular colocado junto a la entrada.

Creo que el proyecto es ese espacio vacío, cubierto por esa lámina de hormigón que queda entre en viejo colegio y las dos aulas.

Esa marquesina parece salir del nuevo proyecto, pero igualmente parece referirse a la otra construcción. Las ventanas que dan a este espacio son huecos arbitrarios como un rectángulo y un trapecio, cortado por la lámina, más

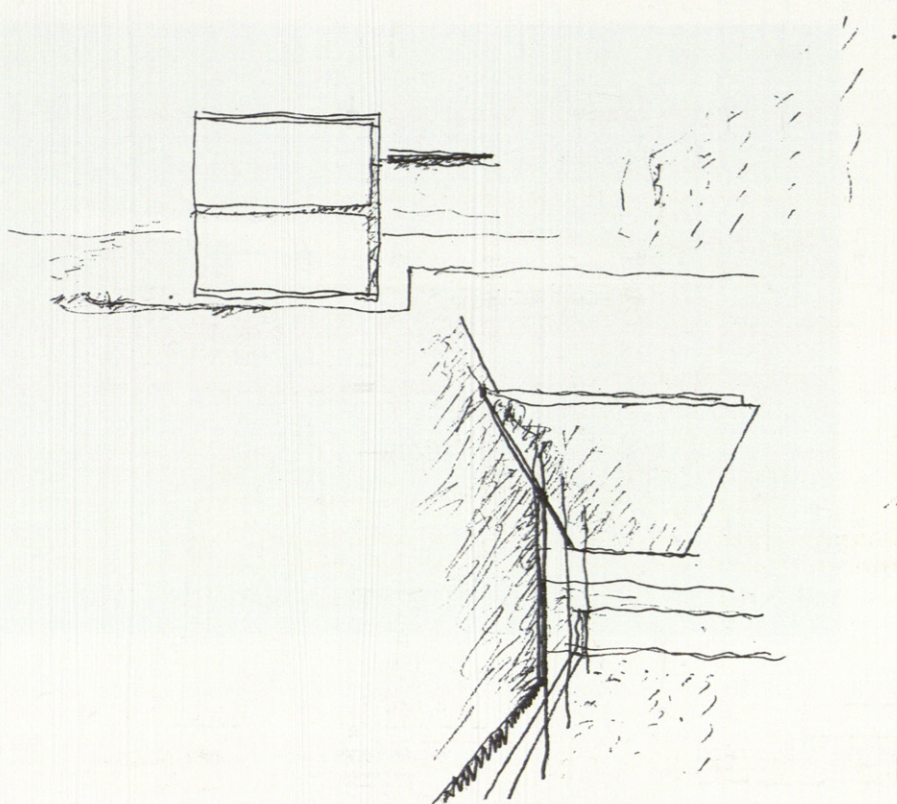
pendientes de su papel simbólico hacia ese espacio que de su relación con las aulas.

Este es el detrás. O el delante.

Las dos aulas quedan detrás, o delante, de todo "esto". Después de pasar por el pequeño pasillo entre la verja y la pared, las aulas se abren tranquilamente al patio que ellas organizan. La escalera se aposenta exageradamente en el centro del patio. Desde las aulas, el paisaje es ella y el patio. Desde el patio, las aulas tienen algo de cueva, como un lugar más tranquilo y con una luz más calma.

Imagino que es cierto que sólo determinados proyectos tienen en la trayectoria de uno mismo una especial intensidad y fuerza. Este, para mí, sería uno de ellos.

Torres Nadal



los primeros dibujos. Sept-nov. 1972



En la página anterior, planos y detalles; en ésta, primeros croquis y vistas del edificio.





En estas páginas, distintas vistas de la obra.